

Homilía del P. Peter-Hans Kolvenbach, SJ

En una reunión donde se manifiestan el dinamismo y la creatividad, donde el discernimiento desemboca en iniciativas valientes y en proyectos llenos de optimismo, el Señor viene a recordarnos delicadamente que nosotros también tenemos necesidad de Él. Sin duda este encuentro en Itaici, con sus intercambios y comunicaciones, es ya una oración de acción de gracias por lo que CVX ha podido llevar a cabo en el mundo para la mayor gloria de Dios. Es también una oración de alabanza al que está en el corazón de la misión de CVX, porque es Él, Cristo Jesús, quien los envía al mundo. Además, es una oración de alabanza al Espíritu, quien no deja de llenar la CVX con su sople y con su fuego, porque es Él quien la inspira y la unifica para la gloria del Padre, de nuestro Padre.

En el evangelio de hoy resuena en medio nuestro el llamado de Jesús a la oración, y Su invitación a no olvidar que orar es también pedir, no es sino pedir. La oración que el Señor mismo nos enseña no es más que una secuencia de cinco, seis, o siete peticiones, donde figuran la venida del reino y el pan de todos los días. Este "Padre Nuestro" parece terriblemente interesado, mientras que un aleluya cantado de todo corazón parece tan gratuito y desinteresado. Es cierto que tenemos nuestro orgullo. Nunca es fácil pedir. A veces nos gusta hacer regalos: es una alegría para nosotros. Pero recibir, expresar nuestro reconocimiento, depender de otro, esto nos cuesta y a veces será humillante. Jesús lo sabe por experiencia. De aquí su insistencia en que nuestra oración sea la oración de un hijo, que en Él, el Hijo, ora a su Padre y nuestro Padre.

No es un esclavo que suplica a su patrón; tampoco es un pariente pobre que, no sin vergüenza, pide ayuda a un miembro rico de la familia; no es ciertamente un mendigo que tiende la mano a un bienhechor. Como Jesús mismo vive todo como Hijo del Padre, Él nos invita a orar a la fuente de toda vida y de todo bien como hijos e hijas dirigiéndose a su padre, con una confianza que hace crecer y un amor que une, de modo que la petición misma refuerce esa unión del Padre con sus hijos e hijas.

Para convencernos, Jesús nos remite a nuestra experiencia de cada día. Si un hijo pide un huevo o un pescado, ¿qué padre osará darle una serpiente o un escorpión? Ningún Padre se atrevería a ofrecer la muerte - serpiente o escorpión - a su hijo que pide la vida, tal como la recibe en los alimentos día tras día. Así nuestro Padre que es bueno no nos negará la energía de vida y de amor que debe sernos dada de lo alto.

Pedir, pues, pero no como quien lo hace a regañadientes, porque no hay alternativa, o porque es necesario pedir. Pedir no es humillarse; es asumir con alegría y reconocimiento la realidad, que en verdad todo viene de Dios con amor, proviene del amor de un Padre.

Pero como siempre en el evangelio, Jesús va un poco más lejos, da un paso más. Después de la parábola del padre, está también la del amigo. Es necesario representarse la situación a la que Jesús se refiere. Durante la noche, toda la numerosa familia duerme en el suelo, ocupando todo el espacio disponible. Cuando viene el vecino a pedir pan, el amigo se molesta: es imposible llegar hasta la puerta sin perturbar a toda la familia. Pero tampoco puede negarse a la petición, y por eso da el pan. Por medio de esta escena de familia descrita en forma realista, Jesús nos dice que Dios no sólo reacciona a nuestras oraciones de petición como un buen padre, sino también como amigo que comparte cordialmente las preocupaciones y necesidades de sus amigos. Así, la oración de petición de un hijo se convierte en la oración de un amigo a Aquel que tantas liturgias llaman el "Amigo de los hombres".

Así al presentar las peticiones en nuestra oración de CVX, en realidad nos convertimos en hijos e hijas del Padre de Jesús, nuestro Padre, y vivimos auténticamente como amigos del Señor. Oremos al que está en el origen de CVX, de su vigor y de su fervor, para que gracias a nuestras peticiones aquí en Itaici, unidos a toda la CVX mundial, llevemos a cabo la obra que Dios ha comenzado, según los deseos de Cristo que su Espíritu nos hará conocer.

DISCURSO DEL P. PETER-HANS KOLVENBACH SJ

Ante todo deseo agradecerles muy cordialmente la invitación que me han hecho a participar en esta Asamblea Mundial en Itaiçi. Hasta el día de hoy lamento no haber podido asistir al encuentro en Hong Kong. No cabe la menor duda que estos momentos especiales de la Comunidad Mundial de Vida Cristiana marcan durante largo tiempo y se hacen sentir en su vida de cada día. Puesto que esta Asamblea mira al futuro en un importante proceso de discernimiento, yo quisiera contribuir a él contemplando junto a ustedes los orígenes de esta solidaridad apostólica de la CVX con la Compañía de Jesús. Se trata de una historia sin rupturas ni reencuentros que relata cómo dos comunidades, que movidas por un mismo Espíritu, miran en una misma dirección y comparten sus experiencias propias para enriquecer mutuamente sus pasos por el camino del Señor.

No es San Ignacio quien creó este vínculo, sino un jesuita joven, profesor de lenguas clásicas en el Colegio Romano, que en 1563 reunía estudiantes alrededor de él en una primera comunidad de vida cristiana. Un año más tarde, cuando redacta los estatutos de esa comunidad, no hace ninguna referencia a Ignacio ni a su espiritualidad, pese a que Ignacio lo conocía bien y lo había recibido en la Compañía. Para este joven jesuita, Jean Leunis, era evidente lo que hoy llamamos espiritualidad ignaciana. Muchos de sus compañeros jesuitas fundaban fraternidades con laicos, comunidades de vida cristiana. Esos estudiantes del Colegio Romano se unían en la devoción a la Virgen María y para ellos la personalidad de Ignacio resultaba muy cercana por medio de Jean Leunis. En realidad, a juzgar por los estatutos redactados por el mismo Padre Leunis, las congregaciones marianas ya desde entonces insistían en la responsabilidad propia de los laicos en la Iglesia y en el mundo. El ideal ignaciano de una integración de la vida de fe y la vida cotidiana era claramente hacia adonde apuntaban los jóvenes congregantes. Descubrían cómo vivir plenamente el Evangelio en su carrera profesional, sin sentirse obligados a entrar a un monasterio. Reconocemos aquí el descubrimiento de la fraternidad, de la comunidad para servir juntos al Señor, siguiendo el ejemplo de aquella primera célula de Iglesia que surgió en Jerusalén después del Pentecostés de los apóstoles. Aunque las perspectivas son claramente ignacianas, no es explícitamente Ignacio sino la Virgen María la que da la impronta a esos estatutos.

Esta espiritualidad ignaciana más implícita que explícita será providencial en 1773, cuando el Papa Clemente XIV suprime la Compañía de Jesús. Las Congregaciones Marianas siguen adelante, esta vez sin los jesuitas, como obra apostólica de la Iglesia Universal e incluso experimentan un gran crecimiento. Es cierto que se pierde lenta pero constantemente el carácter ignaciano. Por eso es comprensible que la restauración de la Compañía en 1814 no lleve a los jesuitas a asumir de inmediato la responsabilidad de las congregaciones. Los congregantes y los jesuitas poco a poco retomaron su origen común después que el Papa León XII hubo restablecido en 1824 la unión entre la primera congregación y la Compañía. Y en 1922 el P. General Vladimiro Ledochowski pudo proyectar con los directores jesuitas la responsabilidad de la Compañía ante las Congregaciones Marianas. Este tomar en serio a las Congregaciones Marianas por parte de la Compañía de Jesús se ve confirmado por la Constitución Apostólica "Bis Saeculari" del Papa Pío XII en 1948. Fuertemente apoyadas por los jesuitas, las Congregaciones se organizan en una federación mundial que tendrá como asistentes eclesiológicos a dos obispos nombrados por el Santo Padre, el arzobispo Joseph Garolisia (1954-1965) y el obispo René Audet (1965-1984). De Roma a Newark, de Bombay a Roma, de Santo Domingo a Augsburgo, de Manila a Roma y a Providence, desde 1967 la CVX se consolida a escala mundial, y cada Asamblea profundiza con fidelidad creativa el don que el Espíritu ha hecho a la Iglesia inspirando su fundación en 1563.

Cuando se recorren las reglas y los estatutos que han marcado la historia centenaria de la CVX, es fácil constatar hasta qué punto el texto fundante de 1967, al volver voluntariamente a la espiritualidad ignaciana, cambia completamente las perspectivas de 1567 o de 1584 en que Gregorio XIII aprueba las constituciones de las Congregaciones Marianas, y de 1855 y 1910. Este retorno coincide con el redescubrimiento de las fuentes de nuestra espiritualidad al interior mismo de la Compañía. Así también la CVX y la Compañía se acompañan y enriquecen mutuamente en este camino de retorno a las fuentes. Hoy nos parece increíble que hace apenas cuarenta años el Diario Espiritual de Ignacio durmiera cubierto de polvo en nuestros archivos: se pensaba que esa experiencia mística sólo concernía a la vida íntima de Ignacio, y no debía ser divulgada ni imitada. Los historiadores conocían y estudiaban las acciones del caballero Ignacio, como las narra en su Autobiografía, pero nadie pensaba que se pudiese vivir y revivir personalmente su experiencia, como lo hacen hoy tantos hombres y mujeres, y como se hace también aquí, en Itaiçi, en un discernimiento orante.

Sería exagerado reducir la historia de CVX y de la Compañía a una tensión, a una lucha entre los que buscan la plenitud de la mística ignaciana y aquellos que se contentan con ciertos rasgos, aunque esenciales, de esta espiritualidad. El Señor trataba a Ignacio muy familiarmente y lo esclarecía con una luz poco

común sobre los acontecimientos de su vida propia, de la Iglesia y del mundo. Muy sensible a esta presencia, el corazón de Ignacio ardía y a la menor ocasión derramaba lágrimas de gozo y consolación. Esta vida mística era vivida para un mayor servicio del Señor y de su Iglesia, y no por sí misma.

Es cierto que ya en tiempos de Ignacio, y en forma creciente después de su muerte, los jesuitas han tenido miedo de la libertad exigente y de la responsabilidad intensamente asumida en el Señor que Ignacio deseaba ver en sus compañeros. Conocedores de nuestros límites y debilidades, los sucesores de San Ignacio han creído más prudente fundar la Compañía y la CVX sobre reglas y prácticas obligatorias, sin duda también para proteger la espiritualidad ignaciana. El caso más significativo es el deseo de Ignacio de no tener que prescribir a un compañero cuándo y cómo orar, pues estaba convencido que una persona que vive en familiaridad con Dios sabe, en el Señor, cómo comportarse. Ignacio sabe también ser contemplativo en la acción, en plena actividad. Los sucesores de Ignacio no lo contradijeron, pero impusieron una hora de oración diaria e introdujeron, en la vida de la Compañía, algunas prácticas como la recitación cotidiana de las letanías de los santos.

La CVX tiene parte en esta evolución porque su fundador, el joven Leunis, comparte la preocupación de su superior general Francisco de Borja al escribir los estatutos iniciales de la primerísima congregación mariana. Él permanece ignaciano, pero habrá que esperar hasta 1967, en los textos de CVX y de la Compañía, para volver a la plenitud de la experiencia ignaciana, sin excluir su dimensión mística, y sin abstraerla de una radicalidad que ciertamente no está reservada sólo a los jesuitas.

Aunque deseando profundamente que la CVX y la Compañía de Jesús continúen en este camino que iniciaron juntas, como lo desearon resueltamente el recordado Padre Pedro Arrupe y todos los presidentes de CVX que colaboraron con él, es necesario sin embargo plantear algunas preguntas prácticas que surgen de lo anterior. En primer lugar, ¿podemos esperar que sean muchas personas las que quieran o puedan seguirnos por este camino? ¿Es razonable dejarse guiar por un Ignacio místico en la misión, en la oración y en una vida en la que importa tanto ganarse el pan de cada día, en la que es necesario dedicarse enteramente a la profesión y al trabajo, y en la que es necesario tener en cuenta numerosas relaciones sociales con la familia, los colegas y vecinos?

No sería errado proponer la espiritualidad ignaciana como una espiritualidad simple y práctica, conveniente para cualquier tipo de vida. Ignacio mismo decía que podía ser "útil". Y en realidad, hay hombres de negocios que utilizan técnicas y métodos como el examen particular o la elección. Mucha gente debe a

los Ejercicios Espirituales su manera personal de orar o su gusto por leer la Escritura. Es un hecho que también en el ámbito psicológico un gran número de hombres y mujeres han sacado de los Ejercicios equilibrio y esperanza, entusiasmo y paz en su vida. ¿Por qué toda esta gente no llega a ser miembro de CVX o jesuita? Si Ignacio estuviera entre nosotros diría: ellos no tienen ese deseo. Y nos damos cuenta de que esto es así al hacer los Ejercicios Espirituales siguiendo a Ignacio. Para él la persona humana es un ser de deseos, ya unificado y pacificado porque ha hecho una buena opción entre todos los deseos que surgen en él, ya sea dividido y disperso entre deseos divergentes.

Ignacio no podía trabajar con personas pasivas, sin ideal y sin proyectos. Poco importaba que esos proyectos fuesen locos o esos deseos excesivos. Lo importante es ser movido por el deseo de parecer e imitar de alguna manera a nuestro Creador y Señor Jesucristo. Y si por la flaqueza humana o la propia miseria no se siente fuertemente este deseo, que experimente al menos, decía Ignacio, el deseo de esos deseos por los cuales la persona desea reconocer su origen alabando a su Creador y se apasiona por su Salvador sirviéndolo en su misión para salvar al mundo de hoy (cf. Const. 101-102). Con una persona apagada, que no está agitada por deseos extremos, Ignacio nada podía hacer. Para la CVX como para la Compañía, hacen falta personas que tengan un "corazón grande y generoso" y que deseen profundamente estar al servicio de la misión de Cristo. Esto significa, por una parte, que no todo el mundo está llamado a unirse a nosotros. Pero como contrapartida es necesario que la CVX y la Compañía sean tan explícitas en su manera de vivir su vocación y su misión, como para ser identificables por aquellas y aquellos que tienen el deseo del deseo de vivir plenamente la espiritualidad ignaciana. No nos debemos dejar guiar sino por ese deseo, y no por la obsesión del número o por el gusto de las estadísticas impresionantes. Es muy ignaciano preferir la calidad espiritual a la cantidad de miembros, pero no sería ignaciano contentarse con una elite sin abrir ampliamente nuestros grupos y comunidades a todos aquellos y aquellas que lo deseen. Encerrarse entre nosotros, replegarse complacientemente sobre sí, no es el deseo misionero inscrito en el corazón de Ignacio. Hombre de deseo, Ignacio lo concibe como un llamado que debe ser encarnado a través de opciones, de elecciones. En ese sentido, este encuentro de Itaiçi está claramente en la línea de este aspecto esencial de la espiritualidad ignaciana.

Sucede que se agradece a Ignacio la técnica que desarrolló para tomar decisiones, pero luego no se le pide que acompañe la puesta en práctica de esa elección. O para decirlo más claramente, no conviene separar la elección hecha del espíritu de los Ejercicios Espirituales, sino mantenerla en la experiencia mística que ha conducido las elecciones de Ignacio. La palabra *mística* no debe atemorizarnos. No es sinónimo de manifestaciones extraordinarias o espectaculares, ni tampoco conviene creer que el Señor ha reservado la vida

mística solamente para los religiosos. Cuando vivió su experiencia mística Ignacio era un laico sin inclinación alguna a fundar un instituto religioso, a ser sacerdote o superior general. En realidad, cuando hacemos un discernimiento para llegar a una elección estamos siendo fieles a Ignacio.

Desde de la última Congregación General los jesuitas hablan de un discernimiento orante. En realidad sucede con frecuencia que un discernimiento se lleva adelante a nivel de discusiones, de deliberaciones para decidir si conviene o no cerrar una institución. Para Ignacio una decisión no era jamás un asunto neutro. Creía con fe intensa que el Señor escribe la historia del mundo con nosotros, guiándola con nosotros, ocasionalmente contra nosotros, hacia la Ciudad Santa donde Él será todo en todos. Él quisiera, como en el camino de Emaús, acompañarnos personalmente a todos y cada uno de nosotros en el camino de la existencia cotidiana para transformarla, Él con nosotros y nosotros con Él, en un amor que lleva siempre a más amor. Pero este plan de Dios supone, de nuestra parte, respuestas positivas a las iniciativas divinas, decisiones tomadas siempre en armonía con el plan de Dios. Ignacio creía profundamente que su mística no sería tanto el contemplar a Dios en su esencia, cuanto discernir lo que Dios quiere y hacer las opciones en ese Espíritu. Estaba maravillado al descubrir que la adhesión de la humanidad al plan de Dios era radicalmente decisiva para Él que respeta amorosamente nuestra libertad. Por esta razón Ignacio termina numerosas cartas de su correspondencia con esta oración: "ruego al Señor que a todos nos dé su gracia para que su santísima voluntad siempre sintamos, y aquella enteramente cumplamos".

Nuestra vida está hecha de elecciones, y aún en las decisiones prácticas manifestamos lo que deseamos ser y hacer. Por experiencia sabemos hasta qué punto las opciones pueden ser difíciles y dolorosas. Ignacio conoció también las dudas, las vacilaciones y las incertidumbres, sobre todo a su vuelta de Jerusalén. Este hombre que en Manresa había cuestionado todo, hasta los más pequeños detalles de su oración y estilo de vida, jamás había dudado que su futuro era permanecer en Jerusalén, en los lugares que Jesús había frecuentado, para continuar allí su misión entre los infieles. Por esto Ignacio fue remecido tan profundamente hasta en sus mayores certezas cuando el superior de la Custodia Franciscana le habló de una carta papal que impedía la ejecución de lo que era el proyecto, el sueño de su vida.

Es entonces que resuena la pregunta que acompaña a Ignacio en todo: *Quid agendum?* ¿Qué debo hacer? Inicia entonces un discernimiento con gente competente y con amigos, con su bienhechora Isabel Roser y con un profesor de gramática el Maestro Ardevol. Pedir consejos a la gente que lo odea es una práctica que Ignacio mantuvo durante su gobierno de la Compañía. Para él era tan importante preparar una decisión en unión con otros, como tomar una

decisión de la cual sólo él era responsable. Esta práctica ignaciana había disminuido en la Compañía. Tanto el superior en la Compañía como el director en las Congregaciones Marianas estaban más bien solos y solitarios en el gobierno. Hoy día, fiel a la práctica ignaciana, el superior debe poder discernir con otros, desear consejos, así también como el Asistente de CVX. Esta transición de director a asistente no ha sido fácil y no ha terminado aún.

Ignacio ora porque sólo en un discernimiento orante puede el otro hablarme a nombre de Dios, quien me hará así conocer Su voluntad. Es muy significativo que en la contemplación de la Encarnación, Ignacio nos invita a mirar la Trinidad Santa que delibera, discierne y toma una opción: la Encarnación del Verbo de Dios. "Allá en lo alto" el intercambio trinitario, la comunicación de las personas divinas, pero la deliberación, el discernimiento continúa "acá abajo", en la casa de Nuestra Señora, hasta que ella hace su propia elección: he aquí la sierva del Señor. Con este telón de fondo "de lo alto" debe desarrollarse nuestro discernimiento "acá abajo". Todo discernimiento orante - o místico - debe llevarnos a reconocer que, en último término, todo proviene "de lo alto" para descender amorosamente hasta "acá abajo".

Porque San Ignacio mismo dice que el amor que me mueve y me hace elegir debe descender de arriba, del amor de Dios, de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que viene a la cosa que elige, es sólo por su Creador y Señor (Ex. 184). Un comentarista de estas palabras de Ignacio ha escrito: "Sólo esta visión mística de la elección la orienta hacia la alabanza y el servicio de nuestro Señor, y hace de la espiritualidad ignaciana una mística de servicio". La CVX y los jesuitas pueden enriquecerse mutuamente en el intercambio de experiencias en discernimiento, para un mayor servicio de la gloria de Dios en la obra de la salvación, de la verdadera vida del mundo, nuestro mundo.

La experiencia de Ignacio en Jerusalén parece situar al discernimiento dentro de ciertos límites. Su proyecto apostólico de trabajar en Palestina le parecía un deseo venido "de lo alto" materializado en su plan "acá abajo". Ignacio creía a su libertad ya liberada de toda duda egoísta, y sin embargo la Iglesia fue quien puso fin a esa opción fruto de tan largo discernimiento. Esta experiencia de Ignacio no quedó en el pasado. En algunos países se vacila o no se atreven a dar a conocer las reglas para el sentido verdadero que debemos tener en la Iglesia militante. Aparentemente hay una especie de abismo entre la contemplación para alcanzar amor y lo que parece una obediencia ciega a la Iglesia y a las cosas de la Iglesia. Corremos el riesgo de olvidar que durante la prolongación de la cuarta semana, Ignacio debía proponer una disponibilidad de corazón para servir a la Iglesia, puesto que todas las apariciones del Resucitado tenían como fin edificar la Iglesia de los apóstoles.

Basta recorrer los misterios que Ignacio escoge y articula para nuestra contemplación: el Señor Resucitado dota a su Iglesia de todo lo que ella necesita para ser luz de las naciones. Con su habitual sobriedad Ignacio hace sentir que hace falta el lenguaje del amor para vivir el misterio de una institución que con sus debilidades y sus límites, sigue siendo la Esposa de Cristo quien no cesa de consolarla así como los amigos se consuelan aumentando su fe, su esperanza y su caridad. Además, en la prolongación del amor del Resucitado por su Iglesia naciente, Ignacio jamás ve alguna contradicción entre las reglas del "sentire cum ecclesia" y la contemplación para alcanzar amor. Ciertamente que no es casualidad que toda la cuarta semana esté inspirada por el encuentro del Resucitado con su Madre. Como lo subrayan los Principios Generales, Nuestra Señora es como el modelo de nuestra propia colaboración en la misión de Cristo, precisamente porque el amor que muestra su "sí" no es conservado celosamente en su corazón, sino que conduce a un "sentir con" la joven Iglesia de los apóstoles, en medio de la cual ella comunica de lo alto su amor por la Iglesia, aún cuando ella está acá abajo. Se trata de un mismo amor de lo alto que descende sobre la Iglesia acá abajo hasta llegar al compromiso concreto del servicio en la Iglesia local, hasta nuestra vigilancia crítica en el corazón de la comunidad eclesial.

Más tarde, cuando Ignacio recuerda que la Iglesia le ha impedido trabajar en Tierra Santa, no puede sino alabar el amor de Dios que por esa dolorosa medida disciplinaria ha hecho posible un servicio mayor. Sin ese rechazo, ni la CVX ni la Compañía de Jesús estarían trabajando en el corazón de la Iglesia. Por consiguiente, si nuestro discernimiento, nuestros sueños y deseos apostólicos, se estrellan contra la realidad de la Iglesia, o contra las orientaciones pastorales de las Iglesias locales, o nos llevan a competir con movimientos eclesiales nuevos, o a la desunión que puede romper la comunidad eclesial, o a uno u otro escándalo entre hombres de Iglesia, entonces Ignacio nos incita a mantener un lenguaje de amor -se trata de nuestra madre-, lo que ciertamente no excluye la verdad, toda la verdad. En cualquier caso, por amor a la Iglesia -una Iglesia tan diferente de la que conoció Ignacio- la CVX y la Compañía de Jesús deberán discernir lo que será concretamente el servicio que el Señor les confía de lo alto. Estoy contento que la CVX y los jesuitas hayan retomado el desafío de la misión, discerniendo cómo ser aquí y ahora servidores y siervos de la misión de Cristo.

En este sentido pleno, la Compañía es un cuerpo que solamente desea que el Señor se sirva de él. En este sentido, la CVX es una carta de Cristo, escrita por el Espíritu, enviada al mundo de hoy.